

**Palabras de Irma Gallegos Figueroa,
Secretaría para Asuntos de los
Agremiados del Colegio Nacional
de Ciencias Políticas y
Administración Pública**

Es realmente un honor para mí, como secretaria de los agremiados del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, y en nombre de cientos de alumnos del Maestro Martínez Cabañas, dirigirme a ustedes, en este merecido homenaje.

Deseo acentuar la palabra MAESTRO con mayúsculas, porque eso fue y ha sido para muchos de nosotros, no sólo en el ámbito académico, sino también en espacios profesionales y, en muchas ocasiones, de la vida.

En las intervenciones precedentes, se han expresado diferentes facetas personales y profesionales de Don Gustavo. Asimismo, se abordaron sus aportaciones en favor del desarrollo de la administración pública de nuestro país y, particularmente, del municipio mexicano.

Frente a su obra está, sin lugar a dudas, el espíritu de un hombre que ha sabido crear conciencia, conjugar esfuer-

zos y emprender aventuras en torno a sus ideales y principios más profundos. Yo quisiera, desde mi perspectiva y vivencia muy personal, destacar algunas facetas y atributos del Maestro que, a mi juicio, constituyen un ejemplo vivo de su esencia.

Como formador de profesionales en los distintos campos de la administración pública, su vocación académica siempre ha tenido como punto de partida, el contacto de la realidad. Sí, con esa realidad de nuestra nación, que muchas veces se ha escapado de las aulas universitarias.

En efecto, la revisión y análisis puntual de las realidades, ha constituido siempre una norma y preocupación, en sus más de 30 años de actividad docente. Muchos estudiantes inquietos, sin lugar a dudas, vivimos junto a él nuestras primeras aventuras de campo, indagando el entramado de la vida político-administrativa de los estados y de los gobiernos locales.

Debe, por tanto, destacarse su interés por inducirnos a constatar la vida de los municipios y pequeñas comunidades en tiempos en que éstos, todavía, pasaban desapercibidos en las conciencias nacionales.

Por ello, sus enseñanzas teórico-prácticas constituyeron y son, con toda certeza, el sedimento de infinidad de vocaciones municipales y han dado cauce a la inquietud intelectual y al desarrollo de decenas de tesis profesionales.

Infatigable viajero y promotor del desarrollo en diferentes latitudes, nunca dejó de sorprenderme su puntualidad matemática en los recintos académicos.

Junto a su misión educadora, sus alumnos y colaboradores, estoy segura, reconocemos otros atributos esenciales del Maestro Martínez Cabañas.

Plantear lo esencial, creo yo, debe hacerse siempre desde el corazón; además, lo esencial se expresa en pocas palabras. Por ello, Don Gustavo, me emociona en esta ocasión, mencionar y hacer un amplio reconocimiento a su gran humanismo: ante mis ojos están presentes su preocupación y denodado empeño por resolver carencias.

Asimismo, su actitud vital y capacidad de vivencias constituyen una lección estimulante para todos nosotros, no sólo en términos profesionales, sino fundamentalmente para nuestra existencia.

Su sencillez y naturalidad, que le son características, son el mejor camino para la concertación y comunicación humana. Tengo presente su trato gentil e igualitario, tanto con autoridades indígenas, como ante los más altos dirigentes de este país. Siendo una autoridad él mismo, nunca lo he visto hacer distinciones, sólo señalar y comentar particularidades.

Hay un aspecto que me voy a permitir destacar, ciertamente, por la importancia personal que tuvo para mí, primero como alumna, y más tarde como colaboradora. Antes de que los estudios de género se pusieran de moda y vinieran a "confirmar" en muchos casos, las capacidades y atributos profesionales de las mujeres, encontré en el licenciado Martínez Cabañas a un maestro y un jefe poseedor de un estilo de dirección, liberador de la creati-

vidad y responsabilidad, individual y colectiva, ajeno a categorías y divisiones de género.

Encontramos –hombres y mujeres– a un promotor, reitero, de aventuras y de la relación directa que debe existir entre compromiso y acción. Encontramos, en suma, a un promotor de ideas y soluciones que concibe la realidad como un río abierto de posibilidades.

No quiero dejar de señalar un último atributo, si usted me lo permite Maestro: su sutil e inteligente ironía, reflejo de la profundidad de sus reflexiones, de su curiosidad y de una forma de motivar y, por qué no decirlo, de disfrutar de una buena y amena conversación.

Quisiera, finalmente, compartir un dato que con seguridad algunos de ustedes ya saben. Este día, 31 de agosto, no fue elegido al azar. Hoy, hace muchos años, nació Don Ramón Seferino Martínez Guevara, padre de Don Gustavo. Y es precisamente en este día que usted ha querido que celebremos su homenaje.

Sí, Maestro. Estoy segura de que él está aquí, con ustedes y con nosotros.

En nombre del Instituto Nacional de Administración Pública y del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, tengo el honor de entregarle una placa de reconocimiento a su labor, en bien del fortalecimiento y desarrollo de la vida municipal de México.

Muchas gracias.